

34—La vida cristiana

«NO OS hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón».

«La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?» (Mat. 6: 19-23).

Cristo es la luz del mundo. En todo lo que hagamos, caminemos en esa luz. En la Palabra de Dios está delineada nuestra obra. No pensemos que el Señor nos ha dado talentos para usarlos de la forma que más nos plazca. Somos depositarios de los talentos que él nos ha dado.

Sermón presentado en Battle Creek, Michigan, el 14 de abril de 1901, durante el Congreso de la Asociación General. Manuscrito 31, 1901. Nuestro dinero es suyo. En su uso hemos de recordar que Cristo dio su preciosa vida para que pudiéramos tener un período de prueba a fin de que nos preparemos para la vida futura. «No sois vuestros, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Cor. 6: 19-20).

Un examen y una prueba

La vida presente es una oportunidad de examen y prueba. Dios colocó a Adán y a Eva en el hermoso huerto del Edén, diciéndoles: «De todo árbol del huerto podrás comer». Pero había una prohibición. «Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás» (Gén. 2: 16, 17). Dios deseaba examinar y probar a los seres que había creado, para ver si serían leales y fieles.

En esta prohibición Satanás vio una oportunidad para representar erróneamente a Dios. Disfrazado como una serpiente se acercó a Adán y a Eva, diciendo: «La razón por la que Dios os ha prohibido comer de ese fruto es porque sabe que si comen de él, serán como dioses. Llegarán a ser sabios». Y llegaron a serlo, sabios en el conocimiento del mal que Dios nunca quiso que conocieran.

Después de que Adán y Eva cedieron ante el tentador, su aura de luz, su vestimenta de inocencia, les fue quitada. «Entonces fueron abiertos los ojos de ambos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Cosieron, pues, hojas de higuera y se hicieron delantales». Anteriormente se alegraban al ver a su Creador cuando acudía a caminar y a hablar con ellos. Ahora en su condición pecaminosa

temían encontrarse con él. Al escuchar la voz de Dios en el jardín, «se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Pero Jehová Dios llamó al hombre, y le preguntó: “¿Dónde estás?” Él respondió: “Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí”. “¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?”». Entonces Adán hizo lo que es natural en los seres humanos. Le echó la culpa a otro. «La mujer que me diste por compañera», dijo, «me dio del árbol, y yo comí». (Gén. 3: 7-12).

Dios le dijo a Adán que a causa de su desobediencia la tierra sería maldecida. «Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida, espinos y cardos te producirá [...] Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás» (Gén. 3: 17-19).

Las compuertas de la miseria se abrieron sobre nuestro mundo. Toda la naturaleza sintió los efectos del pecado. Pero Dios no dejó a Adán sin un rayo de esperanza. Le dio la promesa que desde entonces ha iluminado la senda de los fieles. Dijo a la serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón» (Gén. 3: 15).

El bien y el mal están ante nosotros. ¿Cuál escogeremos? ¿Estamos sirviendo y glorificando al yo, perdiendo de vista a la Luz del mundo, o estamos negando el yo y siguiendo al Redentor? Cristo es la propiciación por nuestros pecados. Dejando a un lado su vestidura y su corona real, descendió de su encumbrada posición, y vistió su divinidad con humanidad. Por nuestra causa se hizo pobre, para que nosotros con su pobreza fuéramos enriquecidos (2 Cor. 8: 9).

Salvación en Cristo

Se nos ha dado el privilegio de hacer tesoros en el cielo. Podemos hacerlo siguiendo a Cristo. Él vino a nuestro mundo para demostrar al universo que el hombre, al fijar sus ojos en Dios, puede ser un vencedor. Así se cumplió la promesa que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. Cristo se humilló a sí mismo para estar a la cabeza de la humanidad, a fin de que pudiéramos ser herederos de una herencia inmortal en el reino de gloria.

Cuando Cristo vino a Juan para ser bautizado, Juan rehusaba hacerlo, diciendo: «Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?». «Permítelo ahora», dijo Cristo, «porque así conviene que cumplamos toda justicia» (Mat. 3: 14, 15). Se había hecho provisión para que cuando el hombre se arrepintiera y diera los pasos necesarios para su conversión, fuera perdonado. Cuando alguien es bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, estos tres grandes poderes se comprometen a obrar a su favor. El hombre, por su parte, al descender al agua, para ser sepultado imitando la muerte de Cristo, y levantarse en forma similar a su

resurrección, se compromete a adorar al Dios vivo y verdadero, a salir del mundo y mantenerse apartado y a guardar la ley de Jehová.

Cuando Cristo se inclinó a orillas del Jordán y oró al cielo, fue en nuestro favor que lo hizo. Mientras oraba, los cielos fueron abiertos y la gloria de Dios como una paloma de oro bruñido se posó sobre él, al tiempo que del alto cielo se oyó una voz diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mat. 3: 17). Este es el compromiso realizado a favor de la humanidad. La oración de Cristo fue elevada por nosotros. Somos aceptos en el Amado. ¡Qué aliciente debiera ser esto para que nosotros luchemos de manera ferviente y perseverante con el fin de agradar a nuestro Salvador, demostrando con nuestra vida que no él no murió en vano por nosotros!

Dios entregó lo mejor del cielo

Piensen en las posibilidades y opciones que están ante nosotros. Podemos recibir toda la fortaleza del cielo; porque cuando Dios entregó a Cristo, entregó a todo el cielo. El extendido brazo humano del Salvador rodea a la raza humana, mientras que con su brazo divino se aferra del trono del Infinito. Somos pecadores, pero Cristo es sin pecado y a través de él podemos permanecer ante Dios en una posición aventajada. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16). No hay excusas para que ningún hombre o mujer pierda la vida eterna. Todos pueden alcanzar el cielo, pero Dios no obligará a nadie a aceptar las provisiones que él ha hecho. Dios no obliga a nadie a obedecer. Ni tampoco coloca a nadie en una posición donde será tentado más allá de lo que pueda resistir.

Tenemos muchas razones para estar agradecidos. Nunca debieran los cristianos marchar como un grupo de dolientes en un cortejo fúnebre. Dios no les pide esto de sus seguidores. No les pide que se acuesten en cilicio y cenizas. «¿Es este el ayuno que yo escogí», pregunta, «que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como un junco y haga cama de telas ásperas y de ceniza? ¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová?». Dios nos dice qué clase de ayuno ha escogido. «El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo?». Este es el ayuno que desea que observemos. «¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano?» (Isa. 58: 5-7). En estas palabras está delineado nuestro deber. Dios nos muestra dónde deberíamos colocar nuestros tesoros. Al seguirlo en la senda de la abnegación y del sacrificio propio, ayudando al necesitado y al que sufre, estaremos haciéndonos tesoros ante del trono de Dios.

El beneficio que obtendremos se muestra en las siguientes palabras: «Entonces nacerá tu luz como el alba y tu sanidad se dejará ver en seguida; tu justicia irá delante de ti y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te

oirá Jehová; clamarás, y dirá él: “¡Heme aquí!”» (Isa. 58: 8, 9). Aquí se pone de manifiesto el principio de acción y reacción. Al compartir los bienes que Dios nos ha confiado en calidad de préstamo, recibiremos más y la bendición nos acompañará. Al aferramos de Cristo como nuestro Salvador personal, somos capacitados para hacer «todas las cosas».

Poderoso para salvar

Cristo no está muerto. Ha proclamado sobre el sepulcro abierto de José: «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11: 25). Satanás ha arrojado su negra sombra sobre nuestra senda, pero tratemos de que nuestra fe no flaquee. Más bien, que nuestra fe se abra paso a través de la sombra para que podamos ver el lugar donde Cristo funge como nuestro Intercesor. Satanás está tratando de esconder la luz del cielo de nosotros, pero no puede hacerlo si nos aferramos del Todopoderoso. Clamemos al Señor, y él responderá: «¡Heme aquí!». Cooperemos con Dios, luchando contra el enemigo. Revístanse del Señor Jesucristo, y decidan que serán temperantes en todo.

Recuerden que hay un mundo que salvar. Tenemos que hacer nuestra parte permaneciendo al lado de Cristo como sus colaboradores. Él es la cabeza; nosotros, sus manos ayudadoras. Él ha planificado que al realizar la obra medicionera, deshagamos las pesadas cargas y liberemos a los oprimidos. No cerremos nuestros ojos a la miseria que está a nuestro alrededor; o nuestros oídos a los gritos de angustia que continuamente se escuchan. Cristo es el mayor misionero que el mundo jamás ha conocido. Vino para levantar y animar a los sufrientes y angustiados, y en esta obra hemos de cooperar con él.

La intemperancia se halla por dondequiera. ¿Qué están haciendo para vencerla? ¿Qué están haciendo para frustrar los esfuerzos del enemigo? ¿Están de parte de lo correcto, como Daniel en la corte de Babilonia? Fue tentado, pero no se desvió de los principios de rectitud. Rehusó consumir la comida y el vino de la mesa del rey, y pidió que se le proveyera a él y a sus compañeros una alimentación más sencilla. Su petición le fue concedida, y diez días de prueba re-velaron que los jóvenes hebreos eran más saludables y robustos que los que habían comido de la mesa del rey. Seamos como Daniel en este mundo de tentación y prueba, permaneciendo firmes del lado de la rectitud porque es lo correcto.

No es posible servir a dos señores

«Ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mat. 6: 24). Si centran sus pensamientos en el mundo, ustedes se convertirán en mundanos; no podrán evitarlo, sino que lo serán. Pero si entretengan en sus vidas los principios del cielo, manteniendo la atención fija en Cristo, estarán preparados para la compañía de los ángeles. Recuerden que Dios quiere que introduzcan a Cristo en toda transacción comercial, al igual que en la iglesia. Desea que demos testimonio de que en un mundo corrompido por el pecado, los seres humanos

pueden vivir sin mancha de mundanalidad. Quiere que mostremos que nos hemos colocado bajo el estandarte ensangrentado del príncipe Emanuel. No nos dice que la senda al cielo sea un camino sin obstáculos. Nos lleva a una posición elevada y nos muestra los poderes de las tinieblas que están alineados en orden de batalla contra nosotros. Sin embargo, él nos enseña que hay más que hombres peleando del lado de la justicia. «Confíad», dice, «yo he vencido al mundo» (Juan 16: 33).

Después de afirmar que no es posible servir a dos señores, Cristo señala: «No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?» (Mat. 6: 25). Lo que necesitamos es el manto de la justicia de Cristo. Él afirma que quitará nuestros pecados y nos cubrirá con su justicia.

Un mensaje a los padres

Padres y madres: Dios ha colocado a los miembros jóvenes de su familia bajo su cuidado. ¿Los están ustedes preparando para vivir aquella vida que se equipara con la de Dios? ¿Les están enseñando por su ejemplo a esconder sus vidas con Cristo en Dios, a creer en él y amarlo? Dios dijo de Abraham: «Yo sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová haciendo justicia y juicio» (Gén. 18: 19). Ahora como entonces, esto es lo que Dios requiere de los padres. Desea que eduquen a sus hijos de tal manera que cuando salgan al mundo, resistan las tentaciones que les acosarán por todas partes.

Padres, Dios quiere que hagan de sus familias un ejemplo de la familia del cielo. Cuiden a sus hijos. Sean amables y tiernos con ellos. El padre, la madre y los hijos deben estar unidos con los eslabones dorados del amor. Una familia bien ordenada y bien disciplinada es un poder mayor para demostrar la eficacia del cristianismo que todos los sermones del mundo. Cuando los padres y madres se den cuenta que sus hijos los imitan, cuidarán cada palabra y gesto.

Eduquen a sus hijos desde temprana edad para que sean alegres y obedientes. Enséñenlos a que sean ayudadores. Díganles que son una parte de la empresa, que necesitan su ayuda al estar disponibles para cuidar de ellos. «Oh», dicen algunas madres, «mis hijos me molestan cuando tratan de ayudarme». También los míos, pero ¿piensan que se los dejo saber? Alaben a sus hijos. Enséñenles las Escrituras, línea tras línea, precepto tras precepto. Esto es mejor que leer novelas, que hacer visitas; mejor que seguir las modas del mundo. Pasamos por esta vida solo una vez. No podemos darnos el lujo de fracasar y no alcanzar la meta por la cual Cristo nos ha dicho que luchemos.

¿Enseñan ustedes a sus hijos a orar? Vale la pena ser una familia de oración. El mundo está entregado a las carreras de caballos y a los juegos. ¿Están enseñando a sus hijos a correr con paciencia la carrera por la corona de la vida? Aquellos que compiten en los deportes de este mundo se abstienen de todo, sabiendo que para obtener el éxito deben mantener sus cuerpos en la mejor

condición posible, ¡cuán importante será entonces que aquellos que corren en la carrera de la inmortalidad, sean temperantes en todo para que puedan servir a Dios en forma aceptable!

Con la vista en lo alto

Cierren las ventanas del alma que dan hacia el mundo y abran ampliamente las que miran al cielo. Si permiten que los brillantes rayos del Sol de Justicia inunden el templo del alma, no estarán enfadados o irritados en sus hogares. Si descartan el tabaco, el licor y todo lo que conduce a la intemperancia, el Señor los ayudará a estar alegres y tranquilos. Él no quiere que nos alimentemos con carne de animales. Tiene algo mejor para nosotros: los frutos y los granos. Quiere que seamos estrictamente temperantes. Desea que enseñemos a nuestros hijos a ser temperantes, a practicar la abnegación.

Tracemos sendas de rectitud para nuestros pies, para que los cojos no se salgan del camino. Si permitimos a nuestros hijos asociarse con compañeros impíos, serán transformados por la contemplación. Perderán la capacidad para aborrecer el mal. Hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para mantenerlos alejados del mal que hay en el mundo. Hace algunos años, mientras remábamos en el lago Goghuac con mi esposo, vimos un hermoso lirio. Le pedí a mi esposo que me lo alcanzara, y que lo arrancara con el tallo más largo posible. Lo hizo así, y yo lo examiné. En el tallo había un canal a través del cual fluían los nutrientes adecuados para el desarrollo del lirio. Tomaba estos nutrientes rechazando la suciedad de la que estaba rodeado. Muy por debajo de la superficie estaba conectado con la arena, y de allí extraía el sustento que le permitía desarrollar su hermosura.

Cristo dice: «Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos» (Mat. 6: 28, 29). Ningún artista puede producir los hermosos matices que Dios puso en las flores. «Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?» (Mat. 6: 30).

La naturaleza es nuestro libro de texto. Cristo usó los objetos de la naturaleza para grabar la verdad en las mentes de sus oyentes. Señalemos a nuestros hijos estas cosas. Cuando estén impacientes y enojados, llévenlos al jardín y enséñenles las lecciones encontradas en las flores y en las frutas.

«No os angustiéis, pues, diciendo: “¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?” [...], vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal” (Mat. 6: 31-34).

Hagamos todo lo posible para mostrar a nuestros hijos que hay un cielo que ganar y un infierno que rehuir. Enseñémoslos a luchar por la vida eterna, recordando que no los ayudamos al regañarlos. Esto despierta las peores pasiones del corazón humano. Hagan de su hogar un ambiente placentero. Sean amables y bondadosos, pero al mismo tiempo, sean firmes al exigir obediencia.

He criado a niños que habían sido declarados incorregibles. Nunca los azoté. Gané su amor y su confianza. Sabían que no les pediría que hicieran nada que no fuera para su bien. No los azoté, pues sabía que eso no los enderezaría. La oración fue mi fortaleza. Críen a sus hijos en disciplina y amonestación del Señor, y los habrán preparado para la obra de la iglesia, los habrán hecho aptos para salir a los campos misioneros, los habrán preparado para brillar en las atrios del Señor.

Padres, no traten de seguir las siempre cambiantes modas de esta época degenerada. Eso no aprovecha. En el día final Dios les preguntará: «¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?» (Jer. 13: 20). ¿Cómo ustedes le responderán si han traicionado su confianza? Les ruego por el amor de Cristo, que cuiden a sus hijos. No se enojen ni los impacienten. Ayúdenlos a pensar en cosas agradables.

Cristo dio su vida por nuestros hijos y por nosotros, porque desea que formemos caracteres semejantes a la imagen divina. Desea que entremos por las puertas a la Santa Ciudad y que escuchemos de los labios divinos la bendición: «Bien, buen siervo y fiel. Entra en el gozo de tu señor» (Mat. 25: 23). ¿No desean ustedes escuchar esas palabras? Luchen con todas las fuerzas que Dios les ha dado para obtener la corona de vida eterna, para que puedan echarla a los pies del Redentor y tocando el arpa de oro puedan llenar el cielo con una bella música. Que Dios los ayude a obtener la vida eterna para que ustedes puedan contemplar su faz.